



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 6.

JUEVES 7 DE ABRIL DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL TRABAJO, por José Marin Ordoñez.—LA ESTATUA DE LA COMEDIA, por José Alcalá Galiano.—EL ESPÓRITO, cuento escrito en ruso, por Gregorowich, traducido directamente al castellano. (Continuación).—DON DIEGO DE LEON, por M. A. y S.—CARTA DE SANCHO PANZA, por José Gonzalez de Tejada.—EL CIEGO. (Conclusion), por Manuel Maria Guillen.—EL AMOR ES LA VIDA, por Juan de la Cruz Rovira.—A DOLORES, (seguidillas), por P. F. Reymundo.—TEATROS, por Roberto el Diabolo.—CANTARES, por Manuel Seco y Shelly.

EL TRABAJO.

Es el trabajo ley de la humanidad. Impuesta por Dios al primer hombre, si al parecer le humilla, en realidad le regenera y le conduce al dominio de la naturaleza. Aunque castigo, es elemento de poder, pues en la espiencia lleva una virtud y encierra fecundos bienes. El trabajo, en lo físico, contribuye al bienestar de la salud y al desarrollo del cuerpo; en lo intelectual y lo moral perfecciona al hombre y le da conciencia de su ser y de su vigor; vigor que estiende su poder sobre los seres todos que le rodean, é influye eficazmente sobre todo el mundo material, ya alzándose en alas de la ciencia hasta el umbral de la mansion de lo infinito, ya penetrando con su escrutadora mirada en los secretos de la naturaleza que intenta velarse á nuestros ojos, ya tambien descendiendo en su atrevido anhelo á los pavorosos antros de la tierra y á los insondables abismos de los mares, y todo con el trabajo. Y aun hace mas: con este talisman precioso comunica vida á lo inerte y cual si estuviere dotado de fuerza creadora, revela los atributos de la divinidad en las asombrosas modificaciones que le ha sugerido el arte, en los maravillosos portentos que ejecuta con el auxilio de la ciencia: virtud creadora, modificaciones y portentos que se concentran en el natural esfuerzo para mejorar de condicion y que el ser racional debe convertir en un sentimiento

tranquilo y no en una tumultuosa conquista.

Fijémonos en esto detenidamente. «Es el trabajo en lo físico, ha dicho Richer, la accion que conserva la fuerza como en lo moral es el estudio que dilata la inteligencia. La salud, continúa, se fortifica con el ejercicio, y la ciencia, que es la salud del alma, se adquiere con el hábito de la reflexion.» «La ocupacion es áncora del ánimo, ha dicho tambien el autor de las *empresas políticas*; sin ella, corre agitado de las olas de sus afectos y pasiones, y da en los escollos de los vicios.» Examinando al hombre en cualquiera de sus situaciones y circunstancias, estudiándole en cualquiera de las épocas y movimientos de su vida, siempre le hallaremos bajo la accion de esa ley, bajo la influencia de esa necesidad de luchar; perfeccionándose cuando la cumple y camina armónicamente con ella, decayendo para envilecerse y anonadarse, cuando queriendo arrojar de sus hombros esa carga, sin comprender que en ella está toda la sublimidad de su ser, declara osado abierta guerra, ó mas bien, presenta necio el obstáculo de su pereza á esa exigencia de su condicion.

Nace débil cual ningun otro viviente; crece á costa de fatigas, empujando un suspiro á otro suspiro, una lágrima á otra lágrima hasta que el ejercicio de sus fuerzas físicas le da robustez y agilidad; condiciones que solo conserva una vida activa y que languidecen y mueren con la inaccion y la ociosidad. Consultemos si no la esperiencia, comparemos, en general, la robustez y salud del labriego con el estado de debilidad y frecuentes dolencias del hombre rico que pasa los dias en la pereza: el primero, mal y en muchas ocasiones escasamente alimentado, goza de completa salud y desenvuelve en gran manera sus fuerzas: el segundo, saboreando de continuo muchos y esmeradamente condimentados manjares, padece repetidas dolencias, llegando á debilitar sus fuerzas hasta el punto de hacersele pesado el ténue traje con que cubre su cuerpo.

El trabajo tambien dilata las fuerzas intelectuales. El talento mas aventajado y perspicaz quedará reducido á esfera muy estrecha en el inmenso campo del saber, si dejándose llevar al solo impulso de sus fuerzas naturales, no estimula su poder con la vivificadora virtud del trabajo; sin él, el genio mas privilegiado quedaria perdido entre las oscuras nieblas de la ignorancia, sin que llegásemos á contemplar esos Hércules del mundo de las ideas, á quienes solo una larga y constante fatiga y laboriosidad da vida. Al contrario, por él, una capacidad mediana, cuyas fuerzas apenas dan señales de existencia, se levanta á las mas elevadas regiones de la ciencia; porque atesorando ideas á costa de faenas, hace surgir en su alma la inspiracion negada al indolente. No es la ciencia cosa de poco valer que tropieza el hombre en su camino, sino joya preciosa que solo encuentra despues de trabajo y perseverancia; ni está el templo de la gloria en valle ameno, ni en vega deliciosa, sino en la cumbre de elevado monte, á donde solo puede ascender por ásperos senderos, entre secos abrojos y penetrantes espinas.

El hombre, además, cuyas viciadas inclinaciones le llevan al mal, por mas que encierre en su seno un fondo de bien y de justicia, cuyas violentas pasiones turban su existencia y entristecen su vida, encuentra en el trabajo medicina para aquellas, y dique poderoso á estas. Fija la atencion en una cosa que absorbe nuestras facultades, distrae la influencia é instigaciones de toda pasion y desordenada tendencia, no dejando á torcidos afectos adquirir un predominio que solo compete á la razon con justicia: los negros impulsos de la envidia, las horribles maquinaciones de la ambicion, las seducciones de los vicios todos, en el ocioso especialmente ejercen su influjo malévol; llena su alma de tédio y de inquietud, agoviada por la misma pesadez de no hacer nada y movido por el acicate de infundados rencores, busca consuelo en objetos tan

perversos como livianos, porque á cosa seria y fecunda no puede alzarse su debilitado espíritu.

Y esta verdad que unánimemente nos hace ver la higiene en sus prescripciones, en su profunda investigacion la filosofía y la moral en su seguro criterio, la comprueba de una manera irrecusable y firme la ciencia de la riqueza, presentando bajo un solo golpe de vista las diversas especulaciones de aquellas. Económicamente hablando, el trabajo es la fuente caudalosa que en sus diversas ramificaciones da ser al bienestar: es la accion potente que, en sus variadas aplicaciones desarrolla la abundante y provechosa produccion de ese medio de dicha: es la norma que regulariza de una manera equitativa y racional su diferente y por necesidad desigual distribucion: la única razon que justifica su consumo, y cosa mas admirable, el único poder que al consumir trasforma y crea.

Sin el trabajo, todos los medios de produccion serian inútiles y hasta los mismos elementos naturales con que la próspera naturaleza nos brinda, quedarían perdidos, si el hombre con la aplicacion de su actividad no les hiciese dar el debido tributo á su grandeza. Sin los desvelos y vigilias del sabio que en el retiro de su gabinete se agita por el hallazgo de una verdad; sin los afanes y continuos riesgos del hombre de la industria que aplica los portentosos inventos de aquel y le ayuda en sus áridas investigaciones; sin las fatigas del operario que sufre las inclemencias de las estaciones y arrostra los mayores peligros, la produccion seria mezquina y en gran parte desconocida. «El trabajo, ha dicho un economista de nuestra patria, es el que sacó al hombre del estado salvaje.» El es, en efecto, el que con el atrevimiento y laborioso comerciante presenta á los países civilizados productos de las mas apartadas regiones del mundo; el que con el incansable agricultor ha roto los campos, ha descuajado los bosques y abatido las montañas; el que ha hecho cruzar la tierra con anchurosos canales convirtiéndola en nuevo Océano, y ha arrojado á los mares pueblos flotantes para hacerlos habitacion del hombre. Y despues de levantar á la humanidad á su esplendor y multiplicar los medios de su bienestar y su dicha, el trabajo es tambien quien hará partícipes de ellos á todos sus elementos, dando un sagrado é inviolable derecho al que lo ejerce.

Quien con la brillante luz de su inteligencia enseñó á la humanidad nuevos senderos y marcó con su dedo fecundos manantiales de prosperidad; quien con potente brazo y mano firme abrió los raudales que, aquel con tenaz índice indicara; y el que regó con el sudor de su fatiga y las lágrimas de su afán, la realizacion de los proyectos de aquellas, ora en las ricas profundidades de sus entrañas, ya tambien bajo el modesto artesonado de un taller ó en las bulliciosas columnas de la industria, motivo bastante y justo tiene para participar de la fortuna pública y del bienestar general; participacion que si hoy, tal es la condicion humana, no se alcanza con arreglo á las prescripciones de la mas estricta justicia, ha de aproximarse cuanto sea dado á las inspiraciones de la mas exacta equidad.

Solo por el trabajo es justa la desaparicion de la riqueza; solo en él puede hallarse la razon de su consumo. Cuando despues de dolorosas fatigas llega por fin el hombre á reposar un día, bien puede con el fruto de sus sudores reanimar las cansadas fuerzas y dar vigor á los debilitados miembros; que si acaso hace desaparecer una gota de ese rio, hará con su continua asiduidad correr nuevos raudales hasta formar un Océano inagotable. El hombre que trabaja es el pequeño arroyo que modesto y desconocido al brotar entre arenales y malezas, y corriendo en humilde cauce, va creciendo por el conjunto de abundantes veneros que le trasforman en caudaloso torrente, para fecundizar el inmenso campo de la humanidad: el hombre indolente é inactivo es la planta estéril, cuando no parásita, que ni presta fru-

to con qué alimentar al caminante, ni da sombra con qué vivificar al débil arbusto.

JOSÉ MARIN ORDOÑEZ.

LA ESTATUA DE LA COMEDIA (1).

Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.

ZORRILLA.

Ya me teneis aquí, ya estoy plantada sobre mi pedestal de roca dura por la mano del arte fabricada.

De piedra soy, nací de la escultura, salí á la luz y ante la luz me encuentro sola ocupando esta elevada altura.

Una llama vital me animó dentro, abrí los ojos en tinieblas antes y me ví de esta plaza ornando el centro.

¿Qué estatuas hay? dos reyes arrogantes, sin gloria, cabalgando en sus bridones, y una mezquina y ruin del gran Cervantes.

En honor de sus ínclitas acciones ¿en qué sitios las tienen elevadas los Gonzalos, Corteses y Colones?

¡No las tienen! sus sombras veneradas yacen solo en la tumba de la historia donde están sus grandezas consignadas.

¿A qué debo el honor, á quién la gloria de verme en el lugar donde me veo en piedra eternizando mi memoria?

Vosotros, que cruzais este paseo, decidme la razon de estos honores, que yo absorta los miro y no los creo.

Mas, no, callad, los vividos fulgores de profética luz mi helada frente alumbran con divinos resplandores.

El pasado, el futuro y el presente ya se me ofrecen á la vista iguales: el recuerdo de ayer surge en mi mente.

Ya dí de inspiracion ricos raudales á la española escena, que cual rio creció con sus corrientes inmortales.

Fortalecidos con el estro mio Lope, Moreto, Calderon, vinieron á mostrar su gigante poderio.

Prodigiosas comedias escribiéron, y al mirar sus retratos en la escena los hombres de sí mismos se rieron.

De sus nombres la fama el mundo llena, yo sola dí de herencia á las edades el gran tesoro de su rica vena.

Murieron; las futuras sociedades de admiracion les dieron la corona en premio de sus mágicas verdades.

Cuando un genio el mortal mundo abandona reproducen su imagen los pinceles, la lira arrebatada himnos le entona.

Estatuas le levantan los cinceles, surge de su sepulcro nueva vida, brotan de sus cenizas sus laureles.

Yo en el genio encendí luz bendecida, yo hice inmortal la inspiracion hispana, yo grande fui: mi estatua es merecida.

De la escena murió la flor lozana, polvo son sus poetas sin segundo, cadáver la comedia castellana.

Cadáver soy, yo que animaba un mundo, y hoy vienen en tropel vates enanos á repartirse mi esqueleto inmundo.

Pobre y triste catarva de gusanos que me roen á oscuras, torpes, flojos, hambrientos, perezosos, inhumanos.

Sin genio, sin calor, cierran los ojos haciendo, en su apetito no saciado, un banquete bestial con mis despojos.

Muerta estoy y una estatua me han alzado quizá para tornarme á nueva vida cuando han visto mi cuerpo derribado.

Vida no da la piedra inmudecida, la da el soplo divino de la mente, la llama del ingenio esclarecida.

Quiero bajar, morar entre la gente, ver de vuestra existencia el loco juego, quiero sentir lo que el humano siente.

(1) Casi inútil parece advertir que la presente composicion se refiere á la estatua de la Comedia, recién colocada en la plaza de Isabel II.

Dadme un soplo vital y andaré luego, verted, verted por mis contornos frios de inspiracion el sacrosanto fuego.

Y de mi ingenio mostraré los bríos y haré ver las humanas vanidades reproducidas en los lienzos mios.

De la escena en las yertas soledades verteré los raudales de la risa por un cauce profundo de verdades.

Corregir y enseñar es mi divisa, el vicio castigar con diestra mano mi censura envolviendo en mi sonrisa.

No quiero estar en este sitio vano; el teatro del mundo, ese es mi asiento, mi pedestal el corazon humano.

El que me preste vida y movimiento con su genio inmortal, suba á esta altura de su grandeza indigno monumento.

¿Nadie anima mi forma noble y dura? ¿me dejareis aquí cual sombra vana adornando mi propia sepultura?

Mas, qué, ¿soy la comedia castellana? soy mas, mucho mayor, pues represento la gran comedia de la vida humana.

Reina del mundo soy, es mi elemento del corazon del hombre la flaqueza cuyas múltiples fases os presento.

Yo soy la estatua de mayor grandeza que se alzó de las artes con la ayuda, pues voy de todo un mundo á la cabeza.

Bien en mi sitio estoy gigante y muda: ¿sabeis quién soy? soy la verdad vestida que sé mostraros la verdad desnuda.

Hombres locos, comedia es vuestra vida, todos actores sois, todos farsantes que fingís vuestra farsa divertida.

Los vanos os fingís los importantes, los malvados fingís los virtuosos, y sabios os fingís los ignorantes.

Os fingís los cobardes valerosos que amenazan el orbe hacer añicos; y humildes os fingís los orgullosos.

Haceis los pobres el papel de ricos, por gigante pasar quiere el enano, y grande parecer quieren los chicos.

Llamais honor á vuestro orgullo vano, llamais educacion al fingimiento; llamais placer al vicio cortésano.

A la astucia soleis llamar talento, con otros junto, al usurero, socio, á la desfachatez, atrevimiento.

Ocupacion soleis llamar al ocio, caridad la egoista indiferencia, y al robo, á veces, le llamais negocio.

Apellidais vuestros errores ciencia, leyes, intitulais vuestros abusos, llamais vuestras torpezas esperiencia.

Vuestras extravagancias llamais usos, moda, de la locura al duro imperio, instruccion, los estudios mas confusos.

Llamais galanteria al adulterio envolviéndole en dulces sobrenombres para acallar la voz del vituperio.

Farsa es vuestra política y sus hombres, vuestras instituciones y partidos que se disfrazan con grandiosos nombres.

Las Cámaras teatros son, mentidos, do se fingen comedias de sesiones, con discursos que halagan los oídos.

Allí, fingiendo hacer instituciones, hacen como que riñen los contrarios y hacen como que tienen opiniones.

Y unos papeles que llamais diarios con mentira, comentan, inaudita las escenas de aquellos escenarios.

Y al que amontona cita, sobre cita, y al que echa mas discursos y mas finge, y al que charla mas horas y mas grita.

Y chillando se seca la larinje, y dice muchas cosas que no siente, y enigmas mas oscuros que la esfinge;

Patricio le llamais, hombre eminente pues no veis tras su engaño lo que oculta y soleis ensalzar al que mas miente.

El que logra engañar la turba multa, ídolo se verá, y entre sus lares le adorará tal vez la plebe inculta.

Todos actores sois, en los hogares, en el salon, tribuna ó santuario,

que hasta sabeis fingir con los altares.

Vuestro mundo es teatro estrafalario, donde nunca se marchan los actores ni se baja el telón del escenario.

En él representais falsos dolores, ó falsos goces, ó ilusorio encanto, tapando las espinas con las flores.

Y acallais los gemidos con el canto, vuestro llanto encubris con carcajadas, encubris vuestra risa con el llanto.

En las tablas del mundo levantadas medio mundo se calla, el otro grita, el uno silba, el otro da palmadas.

Con dos papeles, la verdad se imita, que uno se pone la careta culta y el otro frente á frente se la quita.

Uno ca la cobarde, el otro insulta, uno los ojos baja, y el otro mira, este muestra la faz, aquel la oculta.

Que vuestro mundo, como el globo gira del bien al mal, con atracciones medias, sobre el eje eterno de la mentira.

Todos representais vuestras comedias, que olvida vuestro loco pensamiento que han de tener el fin de las tragedias.

Bien en mi sitio estoy, bien en mi asiento, que esta pública estatua me han alzado porque público es hoy el fingimiento.

Nunca estatua mas grande se ha forjado; de todos soy la estatua en una sola, vuestro espíritu en mí llevo guardado.

En mi mano bandera no tremola, mas tengo esta careta hueca y fria penden que por mi mano se enarbola.

Los que paseis, mirad la mano mia, ved en esta careta vuestras caras, signo de la social hipocresía.

Venid á tributarme ofrendas caras, que en forma de persona soy un mundo; soy un númen y estoy sobre mis aras.

Aquí en silencio sepulcral, profundo, quedo, mientras rodeis como gusanos, de la mentira por el fango inmundo.

Fijos están mis pies, fijas mis manos, se apaga el fuego que mi lengua mueve. voy á callar... ¿sabeis quién soy? humanos: ¡soy la estatua del SIGLO DIEZ Y NUEVE.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

EL ESPÓSITO.

CUENTO ESCRITO EN RUSO POR GREGOROWICH.

(TRADUCIDO DIRECTAMENTE AL CASTELLANO.)

(CONTINUACION.)

IV.

UN LOBO EN LA CASA

El autor no va á introducir al lector en una habitación magníficamente amueblada y adornada con jarrones de China y de porcelana de Sajonia, con cuadros de valor y con alfombras tan suaves como el plumón, ni alumbrada con lámparas de valor de cien rublos cada una. La verdad es que la habitación de Jasha apenas tenia muebles; consistia en una sola pieza que se distinguía por su falta de mueblaje. No habia adorno alguno en las paredes si se exceptúan los dibujos formados por la humedad y las grietas que se habian hecho al caerse el yeso.

Pero lo peor de esta habitación era la falta absoluta de calor. Si echais el aliento cerca de la luz de sebo que hay en el cuarto, vereis qué diferencia existe entre la atmósfera de éste y vuestro aliento. Esta vela de sebo comprada una hora antes por el anciano tocador de clarinete, habia sido asegurada en la parte superior del organillo; éste, que se hallaba colocado cerca de la ventana, servia de mesa á la familia del acróbata; sobre él comían, cenaban y tomaban su té, aunque, á decir verdad, hacia ya tiempo que no tenían té alguno que tomar. Sin embargo, les servia de mesa como hemos dicho, y mesas con música han tenido grande aceptación, segun dicen, en las exposiciones de París y Londres.

La llama de la luz ahogada por el mucho pábilo que tenia, arrojaba una débil claridad sobre una miserable cama en que yacia una mujer. ¿Era ésta la misma Masha que juguetaba con tanta gracia, con la gracia celestial de Vénus ó de alguna otra hermosa ninfa? ¿Qué habia sido de aquellos ojos castaños tan llenos de vida, de aquellos hombros redondos y de aquellas piernas que encantaban á los espectadores? No hay duda alguna acerca de ello; ésta es, en efecto, Masha, la mujer de Jasha Giletnikoff, ninguna otra podría reemplazarla aquí. Ahora, mirándola de perfil se ven sus trenzas de cabellos rubios, se la ve tal como aparecía antes que el tiempo hubiese ajado la hermosura de sus mejillas; se ve una cavidad oscura donde debia aparecer el ojo; pero á pesar de todo esto se la reconoce aun. ¡Antes de la época presente, jamás tomó parte en un cuadro vivo tan triste como este! A su lado yace el niño recién nacido envuelto en un harapo de color oscuro; los demás individuos de la familia están agrupados alrededor de la cama, á los pies de la cual está el muchacho á quien ya conocemos. Sus dientes muerden con afán un pedazo de pan, parte del que la buena Ana Ivanowna acababa de traer á esta estenuada familia. Al lado de éste se halla su hermanita, tan notable en la danza rusa, pero que al presente está casi oculta debajo del viejo paletot de su padre; todo lo que se ve de ella es una hermosa cabeza con pelo rizado y un rostro al que el frio da un color encarnado. Hay todavía dos niños mas; pero están completamente perdidos, por decirlo así, en los pliegues de las mantas y vestidos de todas clases que se hallan echados sobre la cama.

El delicado perfil de la madre, la cabeza del niño, los rizos de la niña y los pliegues de la manta con las cabezas de los otros niños debajo, arrojaban sobre la pared una sombra desigual que iba haciéndose mayor á medida que descendía la luz. El muchacho que hemos visto en un principio acababa de entrar anunciando la vuelta de su padre; pero cuando este último se presentó en la habitación hubo un extraño movimiento sobre la cama, algo semejante á la agitación del mar, solo que en vez de marineros se vió á los niños pequeños agitarse sobre el lecho. Es imposible describir en términos adecuados la conmoción que se produjo y que parecia el piar de los pajarillos en el nido cuando ven llegar á su madre y sacan del nido sus picos amarillos en la completa seguridad de que los trae alimento.

—¡Oh padre, abuelo, dadnos! gritaron los niños dando vueltas alrededor de Jasha y del anciano en la idea de que traían algo para ellos.

—¡No griteis ni me cerqueis de este modo! dijo el abuelo, ¿qué niños tan malos sois! añadió. Os dije que os traería algo; pero ahora os digo que el que ha hecho ruido no tendrá nada; por gritar y acosarme no lograreis nada. Ya veis cuán mala está vuestra madre, y sin embargo procedéis de un modo tan reprehensible.

Jasha miró furtivamente á su mujer, la cual hizo un ligero movimiento con las cejas volviendo sus ojos incesantemente de su marido á su padre, y su pecho lanzó un suspiro como oprimido por un negro presentimiento.

—No pienses en nada, no e-tés inquieta, dijo Jasha con notable viveza y tratando de sonreír al mismo tiempo; pero el talento de Jasha Giletnikoff como acróbata, no era comparable mas que á su incapacidad como actor. Apesar de su sonrisa, su rostro permaneció pálido y agitado aunque debemos hacerle la justicia de decir que apretaba los dientes con tal habilidad, que era imposible conocer que estaba tiritando de frio.

—Dime la verdad, ¿qué te dijo el hombre del baño? ¿te dió algun dinero? preguntó la enferma.

—Sí, contestó Jasha con tono indeciso.

—¿Dónde está? enséñamele.

—Espera un poco, déjame respirar. Primero es... tú verás... esperaremos un poco; no le tengo en este mismo momento; pero esperaremos una hora y le enviaré. Debes envolverte en mi paletot, Masha, y así tendrás mas calor...

¿quieres? añadió súbitamente Jasha quitándosele.

Por única respuesta la enferma se cubrió el rostro con las manos, y se echó á llorar amargamente.

—En nombre de los cielos, ¿qué haces? dijeron al mismo tiempo su padre y Jasha, dirigiéndose apresuradamente hacia la cama, ¿qué criatura tan particular eres! espera un poco y escucha hasta el final.

—¡Oh! dijo la pobre mujer, demasiado bien conozco que no os atreveis á decirme la verdad. Y volvió á sollozar con violencia. Jasha trató de consolarla, y sus ideas iban de un objeto á otro; hasta se acordó de un libro de memoria que habia encontrado el año antes y que contenia 1,000 rublos.

—¡Mil rublos! se repetía á sí mismo; pero trataba de olvidar este asunto, y volvía á pensar únicamente en su familia y en el niño recién nacido, para el cual no habia ni un átomo de alimento.

Entre tanto el abuelo habia puesto sobre sus rodillas á su nieto y le contaba cuentos para hacer que se estuviera quieto. A decir verdad, era imposible escucharle sin quedar absorto; su facultad de invención era inextinguible. En sus cuentos habia vacas con cuernos de oro; árboles de oro con manzanas de plata; islas con lagos de miel; rios de almibar; orillas de diferentes manjares y casas hechas con bollos. La boca de los niños se hacia agua al oír estas cosas. No es posible saber qué otras golosinas hubiera descrito el anciano si no hubiera levantado casualmente la vista y se hubiese encontrado con una significativa mirada de Jasha, acompañada de un movimiento inequívoco de cabeza. El anciano quedó terriblemente confundido, y despues de una corta pausa continuó como sigue:

—Bien, hijos míos, se ha concluido nuestra historia. Ellos vivieron muchos años y fueron ricos y dichosos. Ahora, añadió en voz mas baja, como todos nosotros estamos juntos aquí, padre, madre, vosotros y yo mismo, vámonos, pues, á dormir.

—No, no, no necesitamos dormir, dijeron los niños en coro.

—¡Silencio! murmuró el anciano mirando hacia la cama y fijando sus ojos en la enferma que estaba en ella en un estado de anonadamiento completo. ¡Silencio! escuchad, nos vamos á echar á dormir por poco tiempo, y luego nos encontraremos en el año nuevo. Hay un rato bastante largo desde ahora hasta año nuevo, y entre tanto sé que hay cierta persona que vendrá con dinero; pero el que grite, añadió amenazando al menor de los niños que estaba ya empezando á llorar, no tendrá nada de las confituras de toda clase que van á traer indudablemente. Ahora, hijos míos, ¿quién quiere dormir primero? Venid, echaos, yo os taparé.

Por último, despues de muchas exhortaciones, los niños se acurrucaron en un ángulo de la cama, y el anciano se recostó á su lado. Los niños cerraron los ojos, y pocos minutos despues, engañados por su abuelo, quedaron completamente dormidos.

—¿Están dormidos? preguntó Jasha en voz baja.

—Todos duermen profundamente, replicó el anciano, separándose como con pesar de los brazos de sus nietos y poniéndose de pie. Jasha, dijo dirigiéndose hacia su yerno, Jasha, ¿es realmente posible? Reflexiónalo bien, piensa en lo que padecerá, añadió mirando hacia su hija.

Por toda contestación Jasha hizo una seña con la mano, se santiguó y se adelantó de puntillas hacia la cama seguida del anciano que también habia hecho la seña de la cruz.

Habiéndose cerciorado de que la enferma estaba realmente dormida, levantó la punta de la manta que cubria al recién nacido.

¿Cómo temblaban las manos de Jasha en este momento! Fue necesaria toda la destreza del acróbata (porque á la verdad, solo un acróbata ó un encantador hubiera podido hacer tal cosa) para levantar al niño sin despertarle.

Un grito solo, y todo estaba perdido; pero este grito no llegó á darse, y Jasha pasó por la puerta con el niño en los brazos. Allí se detuvo, inclinó su rostro bañado en lágrimas sobre él, é hizo la señal de la cruz.

—No tengo corazon para ello... no puedo realmente hacerlo... murmuró con voz ahogada por la emocion. Tomadle y llevadle vos, padre mio, no será tan terrible para vos como para mí; tomadle, añadió apresuradamente colocando al niño en los brazos del anciano, y sin darle tiempo para pensar en nada, le condujo fuera de la habitacion.

¡Andad con Dios! dijo Jasha, besándole una vez todavía y haciendo los mayores esfuerzos para no prorumpir en sollozos. ¡Andad, padre mio! andad y Dios vaya con vos; será mas dichoso que hemos sido nosotros. El día le traerá la dicha; me alegro que hayamos esperado hasta año nuevo... andad, padre, ¡oh Dios!...

El viento sopló con tal violencia cuando abrieron la puerta, que levantó un remolino de nieve en el vestíbulo. La helada parecía haber llegado á ser mas fuerte que nunca; cortaba materialmente la respiracion de los que se aventuraban á salir á la calle; pero Jasha no hacia caso, y continuó con la puerta abierta haciendo la señal de la cruz, mucho tiempo despues de haber desaparecido el anciano.

El abuelo Garassim (este era el apellido del anciano músico), habia adquirido mucha esperiencia en el curso de su vida, principalmente en los sucesos desgraciados. Habia visto morir ante él á sus hijos; habia enterrado á su mujer, y todo esto habia sucedido cuando no tenia ni la mas pequeña moneda. Su suerte habia sido padecer frio dias enteros, y hambre durante semanas; pero todo esto le parecia poco comparado con lo que iba á hacer ahora, lo cual no es de extrañar si se considera que hasta este momento jamás se habia separado de sus nietos. Siendo nueva la sensacion, el efecto era proporcionalmente violento. Le parecia llevar debajo de su paletot, no un niño, sino un peso



Don Diego de Leon.

de cien libras, y sus rodillas se encorvaban chocando una con otra del modo mas triste á medida que se dirigia hácia la casa de un hombre, que por lo que tanto él como Jasha sabian, no era de esperar que se negara á estender su proteccion sobre una pobre criatura abandonada sin auxilio alguno en su puerta la vispera de año nuevo.

V.

FRIO EN EL CORAZON.

Entre los que no formaban parte de la ale-

gre multitud que circulaba por las calles de San Petersburgo en la vispera de año nuevo, habia un cierto doctor que rico y célebre habia pasado toda su vida en el estudio y en la adquisicion de honores y de riquezas, y que ahora en sus años avanzados se encontraba solo y sin amigos. En este momento en que se hallaba sentado en su estudio solitario, rodeado de las visiones de su vida pasada, hubiera dado con el mayor placer toda su reputacion, todo su dinero y todo su saber, por haber tenido á su lado una esposa amante y algunos hijos alegres saltando sobre sus rodillas. Jamás le habia parecido tan triste su soledad como en esta vispera de año nuevo.

La ilusion del doctor al pensar en niños alegres, le trajo á la memoria un niño que le habian enviado de un modo misterioso una semana antes. Al adoptar al niño habia concebido la idea de que al fin tendria alguien á quien conceder su afecto; pero esto tambien era vanidad. Habia pasado ya el período de todas sus alegrías; el pasado no podia volver, y en el porvenir no habia nada para él; conocia que no podia vivir bastante para que el niño ocupara un lugar en su seco corazon, ó para ejercer la menor influencia en su modo de vivir egoista; porque si bien era de un natural amable y generoso, no dejaba de conocer, sin embargo, que por no tener que cuidar de las necesidades de los demás, no habia existido hasta entonces mas que para sí mismo. Es verdad que, como pensaba entonces, habia aliviado á sus pacientes y habia dado consejos gratuitos á todos los que le habian buscado; pero en esto habia sido guiado meramente por su sentimiento del deber como médico, y no por un sentimiento verdadero de amor á sus prójimos. Entonces se preguntó si no habria causado involuntariamente pena ó tristeza á los demás, y de repente se acordó que un año antes le habia sido devuelto por la policia un libro de memoria, y que no se habia tomado el trabajo de preguntar quién le habia hallado, aunque tal vez la persona que



Una familia de patachos. (Véase la página 22.)

le devolvía estaría sufriendo alguna necesidad urgente en aquel momento. Esta negligencia y otras faltas semejantes que fácilmente podía echarse en cara á sí mismo, le daban motivo para espiar en algun modo los años que habia pasado de un modo tan infructuoso. Deseaba sobre todo hallar alguna persona en quien pudiera despertar el mas ligero sentimiento de cariño hácia él. Cualquiera lazo, aun cuando

fuera de la clase mas insignificante, le hubiese aparecido en la triste noche del último día del año, cien veces preferible á toda su fama, su dinero y su gran saber.

Tales eran los pensamientos del doctor cuando se hallaba sentado solo en su triste estudio, en el momento en que el picaporte de la puerta se movió de repente y apareció el criado.

Al verle el doctor dió un salto como una

persona que se despierta súbitamente de un profundo sueño porque la cama se hace pedazos. Sin esperar á que se le preguntara nada, Sebastian, este era el nombre del criado, refirió con extraordinaria impetuosidad y calor, que acababa de coger á un anciano en el momento mismo en que dejaba un niño en el patio. El doctor mandó que introdujera al anciano, y un momento despues el abuelo Garas-



A. MARTI

Sancho Panza.

sim estaba de pie ante la puerta con su nieto en los brazos.

—¿Quién sois? le preguntó el doctor bruscamente, mirando al anciano de un modo severo y escudriñador.

—Perdonadme, señor, murmuró el abuelo Garassim á punto de caer de rodillas.

—¿Quién sois? repitió el doctor haciendo un movimiento.

—Un tocador de organillo, contestó Sebastian desde la antecámara.

—No señor, interrumpió el abuelo Garassim. Mi hija solía ir con el organillo; pero yo... señor... yo no toco mas que el clarinete.

—Sereis algun borracho, murmuró el doctor con impaciencia.

—No señor, no... yo... yo... yo creo...

—Algun vagabundo, continuó el doctor.

—Señor, sois injusto en la realidad, porque somos gente honrada.

—Sí, evidentemente, muy honrada; venir

no sabiendo qué casa es ésta, y dejar un niño pequeño á la puerta. Desde luego este niño no será de vuestra propia familia, ¿de quién es?

—Mio, es decir, nuestro; es mi nieto, señor, mi propio nieto.

—¿Eso mas?

—¡Oh señor, señor! exclamó el abuelo Garassim con desesperacion. Nosotros tenemos tambien corazon, no somos fieras como creéis. Nosotros, señor, es decir, mi yerno y yo, hemos pasado quince dias casi sin comer ni beber pensando siempre en este pobre niño. La necesidad, señor, nos obligaba; los niños nos piden de comer y no tenemos nada que darles. Ah creimos que uno solo podria tal vez ser mas dichoso. Hemos oido hablar de vos, señor; dicen que sois una persona muy buena y que no teneis hijos, y así... habíamos pensado... pero ved cómo nos hemos equivocado. Perdonadme, señor; en cuanto á hacer nada malo, no señor, porque siempre hemos sido gente

honrada. Mi yerno encontró el año pasado por este tiempo un libro de memoria...

—¿Cómo era? preguntó el doctor, cuyas interrupciones á las palabras del anciano no hemos citado.

—Ya sabeis, señor, que todos son iguales, pero éste tenia dinero dentro; dicen que habia en él por valor de 1,000 rublos; pero nosotros se le entregamos á la policia y nos dijeron que un doctor le habia perdido; tal vez le conozcais vos, señor; todo esto se publicó en los periódicos. Nosotros hemos vivido siempre honradamente. Pero el doctor habia dejado de escuchar al abuelo Garassim, se paseaba con pasos precipitados por la habitacion, y parecia muy agitado. La espresion de disgusto desapareció por un momento de su rostro, y debió ocurrírsele alguna idea sumamente halagüena; pero esto duró solo un instante. Volvió á fruncir sus cejas, aunque parecia que le costaba mucho trabajo mantener su aire serio.

—Es igual, dijo al fin en una voz demasiado grave para ser natural; es igual: la pobreza no justifica semejante acto. ¿Cómo os atreveis á convertir mi casa en un establecimiento para espósitos? ¡Vuestro yerno piensa tener un gran número de hijos y que yo se los mantenga! ¡bonita idea! ¡No contentos con haberme dejado uno la semana última, me traeis otro esta noche!

—¡Tened compasion, señor, y Dios sea con vos! dijo el abuelo Garassim, quedándose aturrido de sorpresa y de espanto.

—¿Dejásteis éste y no otro?

—Por misericordia, señor, nosotros no tenemos mas niño de pecho que éste: el otro tiene dos años. Por piedad, señor, yo...

—Decid, buen hombre, ¿vuestra hija no puede tener dos mellizos? ¿No sucede así á veces? dijo el doctor casi sin poder ocultar su emocion. Venid, tomad vuestros dos nietos, y marchad agradeciéndome el que os despida de este modo.

—Pero, señor, esa será nuestra ruina.

—Tomadle os digo, tomadle al instante y salid.

(Se continuará.)

DON DIEGO DE LEON.

Nació este valeroso militar en la ciudad de Córdoba el día 30 de mayo de 1807. Llamábase sus padres don Diego Antonio de Leon, marqués de las Atalayuelas y doña María Teresa Navarrete y Valdivia; conociendo estos el belicoso génio de su hijo desde sus primeros años, pensaron dedicarle á la carrera de las armas. Se cuentan algunos hechos de la juventud de Leon, que manifiestan su instinto guerrero y la pujanza de su brazo: eran sus diversiones favoritas tirar la pistola, correr un caballo, jugar la lanza ó la espada, y varias veces se le vió parar un toro á la carrera solo con el auxilio de una horquilla; era tal la fuerza de su brazo que rompía una lanza, cimbrándola en el aire.

En 1822 solicitó y obtuvo el mando de una compañía de caballería, cuyo destino de capitán pasó á ocupar don Diego, habiendo costeado el importe de la montura de la compañía según se hacía en aquella época. Los soldados le estimaban, tanto como jefe, cuanto como padre. Fue ayudante de campo de su tío el marqués de Zambrano, capitán de coraceros y granaderos de la guardia real, comandante del escuadron de lanceros en 1834, teniendo ya el grado de coronel desde 1829.

Por este tiempo empezó la guerra civil en las provincias Vascongadas. Fernando VII habia fallecido, y el pretendiente disputaba la corona á la niña Isabel. El 7 de diciembre de 1834 marchó Leon á la guerra destinado con su escuadron al ejército de operaciones.

Allí estuvo en las escaramuzas de Muez, Orbizi, Nazar, Asarta y puente de Arquijas; en la accion de Arcos se puso al mando del regimiento por enfermedad del coronel y en la del puente de Lárraga manifestó como nunca su bravura. También la demostró en Arroniz, puente de Treviño, reconocimiento del Carrascal y retirada de Salvatierra.

Hizo portentos de valor, en Mendigorria, Arlaban, Villarrobledo, Estella, Montes, Arlaban, Barrisplano, Arcos, Villareal, Córdoba, Fernan-Núñez, Montilla, Ecija, Osuna, Ronda, San Roque, Alcaudete, Barbastro, Grá, Azanueque, puente de Belascoain y Castellote.

Fue premiado con la cruz laureada de San Fernando en el sitio de Arcos, con el mando del regimiento de húsares de la Princesa despues de la accion de Barrisplano, con la promoción á brigadier al poco tiempo de la jornada de Villarrobledo, con la cruz de Isabel la Católica por la batalla de Grá, y con la faja de mariscal de campo por el triunfo obtenido en Aranzueque; además, marchando de triunfo en triunfo, nombrado gentil-hombre de S. M.

y conde de Belascoain, y obtuvo el grado de teniente general por el reconocimiento hecho sobre Castellote.

En 1840 fue nombrado capitán general de Castilla la Nueva, pero no pudo tomar posesion de este cargo, por haber estallado el movimiento revolucionario cuando llegó, teniendo que limitarse á mandar las tropas que no se habian pronunciado.

Colocado Espartero al frente del nuevo ministerio, le aconsejó hiciera dimision del mando, y pidiera licencia para el extranjero, como lo verificó Leon pasando á Francia por algun tiempo; despues del cual regresó á Madrid y vivió retirado. En tal estado tomó parte en la conspiracion militar, de que dió la señal el general O'Donnell, sublevándose en Pamplona, en 1841, y apoderándose por sorpresa de la ciudadela. En la noche del 7 de octubre, día señalado para dar el golpe en Madrid, acudió Leon á media noche á asaltar el palacio real en union con el general Concha, el brigadier Pezuela, Marchesi, y otros varios que habian logrado seducir algunas fuerzas de la guarnicion; pero atacados por el resto de ella y por la milicia nacional, mientras que el esfuerzo de diez y ocho guardias alabarderos les impedia penetrar en el palacio, hubieron de emprender la fuga á la madrugada. Al llegar á la Puerta de Hierro, perdió Leon su caballo, y tomando el de un soldado, continuó huyendo hasta que cayó por fin en poder de los húsares, que le perseguian cerca de Navalcarnero.

Conducido á Madrid, fue juzgado por un consejo de guerra que le condenó á ser pasado por las armas, sentencia que se ejecutó el día 14 de octubre, sufriendola con el valor y serenidad que siempre le distinguieron.

M. A. y S.

CARTA DE SANCHE PANZA.

Yo, Sancho Panza, escudero, groom en los tiempos presentes, desde el templo de la Fama vuelvo á saludar á ustedes.

Allí tengo yo mi mesa y el Rucio tiene el pesebre, que de la Fama en el templo no pocos burros se meten.

Mi buen señor Don Quijote mandóme que aquí viniese á comprar á Dulcinea un mirriñaque de muelles.

Y valiéndome del puño y el portal de un escribiente, mis impresiones de viaje le dirijo de esta suerte.

«Desde la Mancha vinimos en eso que llaman trenes; yo en un coche, el burro en otro, que es como mejor se viene.

Y cuentan que él esclamaba en pies ajenos al verse: «¡lo que valemos los asnos en el siglo diez y nueve!»

Ya en Madrid, ví de Cervantes la estatua, ó de Benengeli, en un jardin, á quien llaman en castellano *parterre*.

Sin duda estará encantado pues hasta su cara es verde, yo presumo que está así de oír lo que hablan en frente.

Adórnale fresca alfombra de *reigrás*, vulgo de césped, y una choza á la suiza que está diciendo comedme.

Que Madrid me gusta mucho, no es preciso que lo pruebe, que aquí se reparten ínsulas y se llena en grande el vientre.

Los caballeros andantes acabaron para siempre; yo, caballero danzante para medrar pienso hacerme.

En vez de lanza la lengua, en vez de gigantes *treses*,

en el pecho el egoismo, la desvergüenza en la frente.

Y de fijo habrá mil damas que vengan á pretenderme, y en vez de ser un tunante seré un señor eminente.

Que hoy toditos mis refranes los hombres y las mujeres en uno solo compendian: «tanto vales cuanto tienes.»

Vuesarcé, que *la sin hueso* meneas tan fácilmente, aquí lucirse podría mudando de pareces.

No mas, señor Don Quijote, á la pólvora deteste, que es invencion de un filántropo, que economiza las muertes.

Y por ella dos ejércitos uno en China, otro en Amberes, lucharán como leones descansando en sus cuarteles.

No á vuesa merced á palos le molieran tantas veces si rayando su lanzon mayor alcance le diese.

Mas si ucé andaba *blindado* (cuanto va á que no me entiende) hoy hay buques con coraza por si los muerden los peces.

Por esas calles, de noche me encuentro mil doncelleces, que á puro menesterosas se buscan sus menesteres.

De h érfanos y pupilos no es preciso que se acuerde, que en sociedades con *alias* hay hoy quien por ellos vele.

Seguros sobre la vida, sobre incendios, sobre peste, menos de morir, de todo asegurados nos tienen.

Permítame, pues, señor, que en esta tierra me quede, que es ínsula Barataria para todo el que lo entiende.»

Dije así en carta á mi amo, y porque de prisa fuese cuatro cuartos de franqueo en vez de oblea peguéle.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

EL CIEGO.

(CONCLUSION.)

III.

Si el pobre ciego posee bienes de fortuna, ¿qué tormento no será para él verse privado de disfrutar de los placeres que con aquellos pudiera gozar?... Si se halla amparado en casa de sus hijos, le veremos rodeado de los inocentes nietos y de los sencillos servidores, entretenidos con cuentos que aprendiera en días mas felices, y refiriéndoles historias y leyendas, algunas de las cuales le contó por protagonista cuando él corría el mundo con la vista clara y la dicha en el corazón... Si los niños lloran, si exigen se les compre un juguete que su precio no se halla en armonía con la gravedad del bolsillo de sus padres, si pretenden se les lleve á paseo cuando el humor ú otros motivos impiden se les conceda aquel infantil capricho, se oye á los autores de sus días encaminarlos al pobre abuelo, engañándolos con decirles que le queda en su inagotable repertorio un cuento muy bonito... y sucede muchas veces que le demandan á gritos y con diferentes gustos los oyentes sin reflexion. Ocasiones hay que se ve interrumpido en una historia, en una gloriosa relacion que escuchaba con entusiasmo uno de los niños, quizá la Rota de Roncesvalles ó el estrago de Bailen, donde se halló presente, por la hermosa niña que le gustan las leyendas de sencillo amor, y cuentos fantásticos ó de mágica ilusion...

Si el ciego se ve pobre y abandonado, la ma-

yor desgracia que puede acompañar al ser que con verse privado de la vista era ya el mas infeliz de las criaturas, no hay para qué decir que nuestro afligido corazón se nos oprime al considerar tamaña desventura. Inútiles sus miembros para ganarse la subsistencia, se ve en el terrible caso de implorar la caridad de sus semejantes... ¡de sus semejantes!... que pasan alegres y satisfechos á su lado, quizá sin reparar en la desdicha del que pide una limosna alargando su trémula mano con aire de resignación...

En las plazas y en los mercados se le encuentra á este desdichado paro liando con acento triste y melancólico á los trovadores de otros tiempos ó á los cantores sagrados á las puertas de los templos del Señor. Otras veces se le ve cruzar en su oscura precipitación, espendiendo la mentirosa hoja política, sufriendo con estoicismo admirable la furia del turbión... Él vende romances, libritos de cuentas y otras bagatelas, descolgándose cuando le parece con relaciones de falsos milagros y portentos espantosos, hasta que llegado el tiempo de la *Noche Buena*, atruena el ámbito de la población cantando los *villancicos* con toda la fuerza de que son capaces sus hambrientos y desfallecidos pulmones.

El *pobre ciego* es una pesadilla para los ricos y para los dichosos... A la puerta de un sibarita moderno se ve una elegante berlina: una pareja feliz y afortunada, con abrigos de pieles de la Tartaria, va á entrar en ella, siguiendo los ricos amantes su entablado coloquio de amor, comenzado en el festín al compás de vals arrebatador, y sin pensar que existen desgraciados en el mundo, cuando hé aquí que ven al pobre pordiosero, que acurrucado sobre el lodo y temblando de frío, quizá sin haber comido, esclama con acento lastimero: «*Hermanos*, una limosna para el *pobre ciego*, que Dios se lo premiará...» El desgraciado es un aviso del cielo para que reconozcamos la nada de nuestra existencia, y bajemos nuestra orgullosa cabeza... La soberbia y orgullo del poderoso y del afortunado, se hunden en el abismo delante de aquel que pasa su triste vida en el llanto y la aflicción...

Como si la desgracia se propusiera reirse del pobre falto de la luz, le hace se halle presente en todos los sitios, en todas las ocasiones en que sus semejantes celebran con alegría los gozos y felicidad de sus dichosas peripecias. En las fiestas populares y campestres vése á las doncellas danzar en brazos de sus amantes, al compás de la destemplada guitarra ó descompuesto violín del *pobre ciego*. Con sus jotas y seguidillas alegra los bautizos, y el triste de los tristes es la a'egría de la risueña sociedad.

El *pobre ciego* es abandonado por la humanidad; pero la Providencia, apiadándose de él, le ha concedido un amigo que lo es mas que un hermano... un amigo verdadero que le será siempre fiel y leal... un guía de su torpeza, un compañero que le ayudará en sus necesidades y que le consolará en sus aflicciones... ¡un perro!... ¡Oh! si aquel desdichado pudiese ver á su fiel compañero, á su inteligente perro la mirada indefinible que dirige á los que pasan á su lado, lloraria de gratitud hacia el pobre animal, y reconocería en él la piedad que no encontraba entre los hombres... Con aquella mirada digna de un poema, hace vibrar las cuerdas del alma del mas egoísta de los mortales... El *ciego* ya no se muere de hambre... Dios es verdaderamente clemente y misericordioso.

Pero llega un día en que sus piernas flaquean; la encanecida cabeza se abate; sus miembros se entorpecen, y aquel desgraciado es conducido por caridad á un hospital, donde muere bendiciendo á Dios, en la mas triste pobreza, y abandonado de todos, menos de la fe, único y celestial consuelo que tuviera en su vida de llanto... en su amargo y continuo penar...

Dios mio, ten piedad de mí, y concédeme la gracia de poder ver mi sepulcro... no me niegues la vista, y mi lengua te alabará hasta que te dignes quitarme la existencia... Yo creo en tí, y espero de tu bondad que no me negas

la luz... la luz, Dios mio, y moriré tranquilo.

MANUEL MARÍA GUILLEN.

EL AMOR ES LA VIDA.

¿Habeis querido á una mujer con un amor puro, santo, sublime? ¿Habeis comprendido esa inmensa felicidad, esa inefable dicha? ¡Oh! Si habeis amado, si vuestra alma ha sentido esa pasión, si vuestra vida ha sido alentada por esa otra desconocida vida, si vuestro pensamiento lo ha ocupado solo la mujer que amabais; venid á mí. Pero antes que leais estas líneas, vosotros, los que amais, seguid amando: vosotros, los que habeis amado, amad. Si, amad todos, porque sin amor, el hombre no sabe lo que es la vida; ignora lo que es Dios, y desconoce su infinita grandeza.

Los que sienten en su corazón la llama santa de la fe y no aman; los que creen en un Dios bueno y misericordioso y no han amado, esos no tienen idea del Creador; esos no han admirado su incomparable obra; esos viven en la tierra como viven las plantas; esos no ven mas que lo que les rodea; esos, en fin, son almas que solo han llegado hasta donde llegan las aves.

Amad todos, sí, amad, y vuestro espíritu se perderá en las etéreas regiones del espacio; y desde allí vereis girar á la tierra bañada en luz por mil y mil soles, que como lámparas del cielo alumbran el altar de Dios; y vereis cómo palpan de amor las hojas matizadas de las flores; y oireis cómo de amor cantan las aves; y cómo llora de amor la naturaleza entera; y cómo llega hasta vosotros todo ese armonioso canto universal.

Amad, sí, amad, y amareis á Dios.

La mujer, esa hermosa esperanza, aurora que tiñe de luz nuestros sentimientos; que los colora; que les da el soplo de vida; que los engrandece; ese divino beso que Dios envía al hombre para consolar sus penas; la mujer, que es el todo de nuestra vida, representa el amor en el mundo. Ella os ama cuando niño, ella os quiere cuando hombre, ella os respeta y venera cuando viejo.

Preguntad á una madre si ama á sus hijos. No os contestará, porque no puede deciros cómo los ama; porque no hay palabras que lo espresen.

Y si vosotros amais entonces á una mujer, comprendereis el silencio de aquella madre. Y tampoco podreis explicároslo, porque aquel silencio os ha hablado al alma, y solo el alma lo comprende.

Vosotros, escépticos materialistas, que no lo seriais si amarais á una mujer, vosotros que habeis borrado la fe del corazón del hombre, venid; arrodillaos ante esa que vilipendiais; acordaos que teneis una madre ó que la habeis tenido. Decidme quién dió su vida por conservar la vuestra; quién os estrechó en su regazo cuando llorabais; quién enjugó vuestras lágrimas; quién os amó siempre; decidme si con los cuidados de toda vuestra vida, podreis pagar acaso la inmensa ternura de una madre. Si no recordais esto, si no asoma á vuestros ojos una lágrima de amor y de gratitud, entonces no pertenecéis á la raza de los hombres, entonces pertenecéis á otra raza maldita que no es la misma que Dios puso en la tierra.

Vosotros vivís en el páramo de las dudas; en el árido desierto, donde el alma espira; en donde vuestro espíritu, tan pequeño como vuestras ideas, se ahoga en el inmundo polvo de ese desierto.

No es á vosotros, pues, á quien me dirijo, no; es á los que creen; es á los que aman.

Ved una mujer: una mujer en cuyos ojos se refleja la virtud: en cuya mirada va envuelta la modestia de un alma tan casta y pura como la de los ángeles.

Aquella mirada, que es la luz del espíritu, os muestra un mundo ignorado, os hace descubrir un paraíso de felicidad.

Aquella mirada, es el primer soplo divino

que despierta en vuestro corazón los tiernos sentimientos; es el céfiro que baja desde el cielo y acaricia vuestra alma, es la sonrisa de un ángel que viene á deciros, *amad*. Entonces las flores abren su cáliz y os envían su perfume, las aves entonan su alegre canto, el agua murmura dulcemente, y toda la naturaleza aparece hermosa y risueña á vuestros ojos. Todo os convida á amar.

Desde ese momento, Dios os bendice entre el susurro del agua; entre el gorjeo de las aves; entre el aroma de las flores, y entre el aura pura de los campos. Y desde aquel instante también, vuestro pensamiento, vuestra vida entera, se consagra á la mujer que amais. Aquella mujer os dirá algún día en su mirada lo que todavía no han podido decir los labios; os dirá los secretos de la naturaleza, os enseñará cómo se aman las aves y las flores, y dirá os *amo*, con el lenguaje de Dios, con ese misterioso lenguaje que solo comprenden los que aman.

Ved ahí el amor naciendo; ved cómo se presenta bello, grande, sublime; ved cómo aparece enseñándoos los secretos del mundo; ved cómo arranca la venda de vuestros ojos y os señala el cielo para que subais hasta él.

Amad todos, sí; amad y sereis virtuosos.

La vida, eterna idea que persigue á la humanidad hasta la muerte; secreto profundo en donde se estrella la inteligencia del hombre, secreto que nos da á conocer la sabiduría inmensa de Dios, y la inmensa impotencia nuestra; secreto que nos rodea por todas partes, que está en nosotros, que lo sentimos, que lo tocamos, que lo vemos, y que jamás llegamos á comprender.

La vida, ese fétido lago que atraviesan todas las generaciones, solo tiene una isla donde poder descansar. Esa isla es el oasis de nuestro camino, esa isla respira felicidad y ventura, esa isla es el *amor*. Llegad á ella todos, sí; llegad, y aspirareis sus puras auras, y oireis el cántico sublime de los ángeles y sentireis la dicha en vuestro corazón, y vuestro espíritu admirará tanta grandeza, y vuestra alma adorará la virtud.

Si en vuestros pesares, si en vuestras alegrías teneis una mujer que os ama, que corresponde á vuestros sentimientos, esa mujer aumentará vuestras alegrías, y consolará vuestras penas.

¿Hay nada mas hermoso que el amor? ¿Hay algo que pueda compararse con esa vida embalsamada de dulces emociones, esa vida cuyo recuerdo dura hasta la muerte? Si siente la vejez abandonar la vida, es solo porque recuerda los días de su juventud. ¡Oh! El recuerdo no envejece, es como el perfume de una rosa: muere la flor, pero el aroma queda: muere el hecho, pero queda el recuerdo. ¡Bendita seas memoria! ¡Bendito sea Dios, que lo hizo todo tan perfecto!

¿Quereis saber lo que es la vida, lo que es el encanto del amor?

Escuchad.

Alborece el día, y el sol tiñe de oro la tierra: se remonta la alondra hasta el cielo y saluda á la primera luz: el mar abandona su pereza, y agita sus azules aguas; y el mundo despertando de su sueño sonríe de placer.

Si no amais, si no sentís amor en vuestro pecho, os causará melancolía todo ese bellísimo espectáculo; sentireis que falta algo en vuestra alma. ¿Sabeis qué es ese algo? Ese algo es el amor.

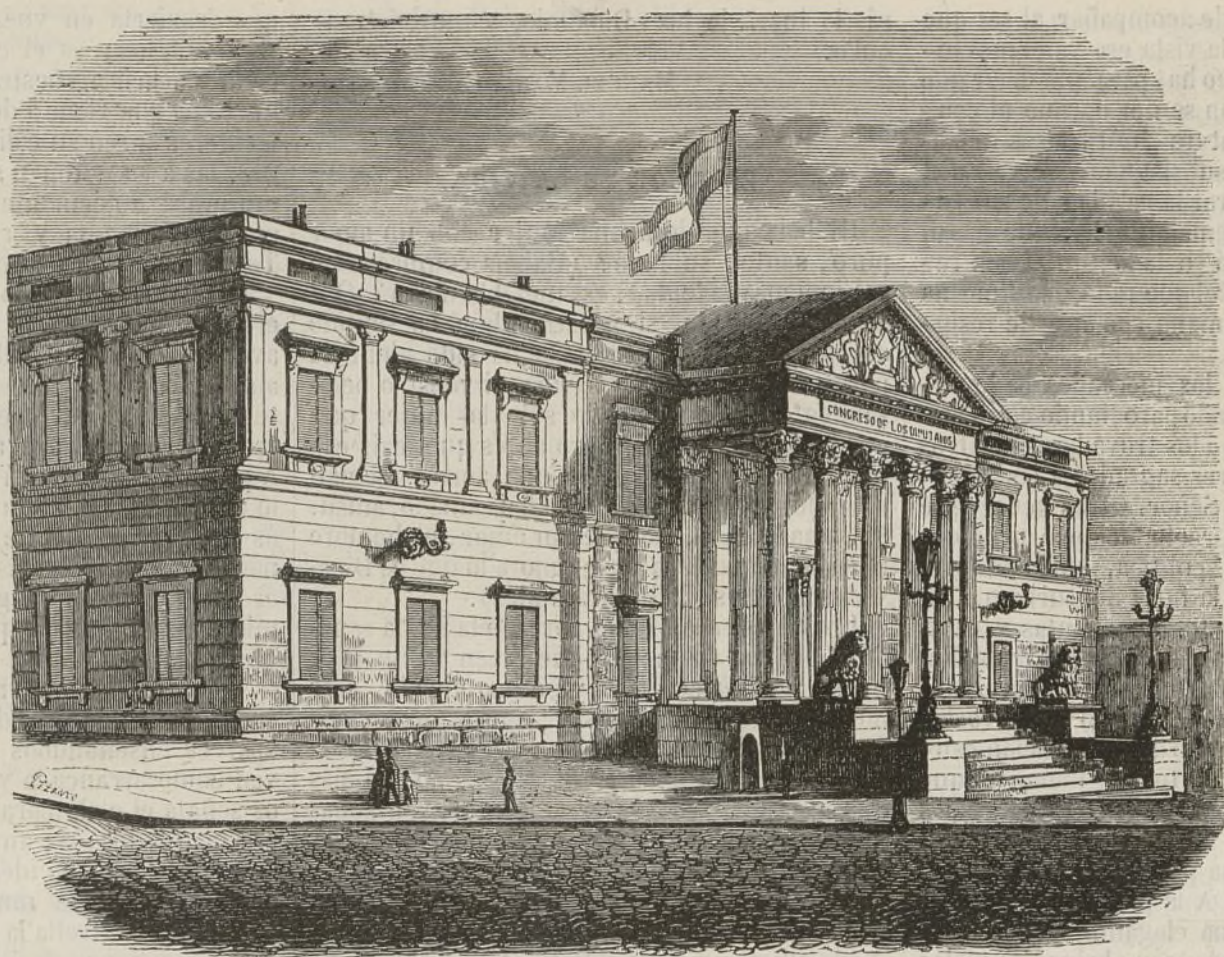
Amad, sí; amad que *el amor es la vida*.

JUAN DE LA CRUZ ROVIRA.

A DOLORES.

(SEGUIDILLAS.)

Las bellas ilusiones,
LOLA, pasaron
y en pos de ellas veloces
también los años.



VISTAS DE MADRID.—Palacio del Congreso de los Diputados.

Tristes recuerdos
que dejan honda huella
en nuestro pecho.

En el mar de la vida,
mar de borrasca,
con el alma tranquila
yo navegaba.

Pronto los vientos,
á tan frágil barquilla
contrarios fueron.

Despreciando el peligro,
con necio arrojo,
de las locas pasiones
surqué, ay, el golfo.

Los *desengaños*
la esperanza marchita,
cruces dejaron.

Desde entonces mi vida
triste se arrastra,
sin consuelo ninguno,
sin paz ni calma.

Nunca las horas
con lentitud pasaron
tan angustiosa

Recuerdos deliciosos
que abriga el pecho,
llegan á ser un día
mortal veneno.

Pues en el mundo,
la semilla de amores
da amargo fruto.

Incendio que devora
nuestra existencia,
es el amor que puro,
veloz nos ciega.

Y aunque se apague,
siempre entre las cenizas
el fuego arde.

P. F. REYMUNDO.

TEATROS.

En la última semana hemos tenido grandes novedades teatrales que el público ha recibido con entusiasmo. En el Circo se volvió á representar *La archiduquesita*, preciosa comedia del eminente literato señor Hartzenbusch, en cuya produccion se ha distinguido, como de costumbre, la niña Matilde Franco.

En Jovellanos se estrenó con regular éxito los *Dioses del Olimpo*, zarzuela de don Mariano Pina y cuya música aventaja en mérito al libreto, que tiene no obstante algunos chistes de buen género y otros que no por ser de *brocha gorda*, como hoy se dice, dejan de hacer reír.

También en Novedades se ha estrenado la anunciada comedia fantástica y de magia *Los habitantes de la luna*, original de los señores Bedmar, Entrala y Rada y Delgado. El público aplaudió con entusiasmo los chistes políticos y sociales en que abunda, llamando á los autores al palco escénico, como asimismo al de las decoraciones, que lo es el acreditado pintor escenógrafo don Antonio Bravo. La obra está puesta con extraordinario aparato y creemos que dé gran resultado á la empresa del mencionado coliseo. En la ejecucion se distinguió mucho el primer actor don Nicolás Catalan, pues dijo con mucha intencion, gracia é inteligencia su papel. También estuvieron bien en sus respectivos papeles la señora Rodriguez, y los señores Guerra, Pardiñas y Moreno. Sin embargo de esto, la obra no alcanzó la primera noche el mismo éxito que en las demás por los descuidos que hubo en la parte escénica y por la precipitacion con que se habia ensayado. Además de esto nos parece que el señor Guerra pudiera sacar mayor partido de su papel.

En el Príncipe continúan las representaciones de *Venganza catalana*, y tan pronto como concluya, se pondrá en escena el drama *Secretos de tocador*.

También se habla de otra produccion del

señor Moreno Gil, titulada *Pobres y ricos*. De ambas obras emitiremos oportunamente nuestro parecer.

ROBERTO EL DIABLO.

CANTARES.

¿Qué quieres? ¿saber mi vida
después que te conocí?
en tí pensando, al no verte,
y al verte, pensando en tí.

Dice el refran: «quien bien quiere
al fin nos hará llorar,»
yo nunca llorar te hice,
y no te dejé de amar.

Todo lo que me rodea,
lo detesto, vida mia,
que sin tí para mí es nada
el placer y la alegría.

Tan grande era el sentimiento
que tuve cuando se fué,
que en el dolor que sentia
ni de llorar me acordé.

Tanto la amaba, que nunca
se imaginó el corazon
que un día olvidar pudiese
tantos dias de dolor.

MANUEL SECO Y SHELLEY.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicacion.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.
En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.